



## REMIGIO VÁZQUEZ

### I

#### El misterioso—En marcha

**N**O de los atractivos peculiares de la ciudad de Méjico es la perfecta alineación de sus calles, en las cuales la perspectiva que se presenta á la vista termina generalmente por el fondo azulado de la campiña. Mis miradas se dirijan con frecuencia á las cordilleras que limitan el horizonte, detrás de las cuales al oeste se extiende el Océano Pacífico y al este el Atlántico: el primero me recordaba una de las épocas más azarosas de mi vida y el segundo que bañaba las costas de Francia.

Era una época en que sentía necesidad de lanzarme otra vez á los azares y emociones de la vida errante, eficaces remedios contra la nostalgia. Una noche al entrar en mi casa supe que había estado á buscarme un extranjero para un asunto muy grave de vida ó muerte, según él manifestara. Instado á dar su nombre aquel hombre se obstinó en guardar el incógnito: sin embargo, había dicho que vivía en el mesón de Regina y que volvería al día siguiente.



Habiéndome informado las gentes de la casa del aspecto singular del incógnito, de las numerosas preguntas que hizo, y del cuidado que pusiera en taparse el rostro con los embozos de su capa azul celeste, mi imaginación empezó á preocuparse vivamente del caso. En vano acudí á mis recuerdos; no atinaba quién pudiera ser.

Pasó la mañana siguiente, la tarde estaba ya muy adelantada y el desconocido no parecía.

Acudí al mesón de Regina, situado en una calle céntrica, muy frecuentado por los pasajeros, y, sin embargo, notable por la falta de muebles y de casi todo lo que puede hacer agradable un establecimiento de su género. Dí las señas de mi hombre al posadero, que me dijo:

—Hará media hora que ese caballero ha salido para Cuantitlán, según he oído decir á su criado que vá con él.

—De que color son sus caballos?

—Blanco y bayo.

Un paseo de algunas horas, antes de comer, era cosa muy higiénica, pero antes de lanzarme en pos del misterioso viajero volví á casa para interrogar á mi criado Cecilio. Hacía ya algunos años que este muchacho estaba á mi servicio, y su cara mofletuda y su aspecto, un tanto hipócrita me traían involuntariamente á la memoria la persona de Ambrosio de Lamela en el GIL BLAS.

Las noticias de Cecilio eran harto insuficientes. Díle orden de que ensillase los caballos, pues inmediatamente saldríamos para Cuantitlán. Cecilio trató de vencerme de la conveniencia de que me fuese solo, por tratarse de un asunto delicado, pero fué inútil su empeño de quedarse en Méjico.

Como debía ser una excursión algo lejos, pues hay seis leguas de Méjico á Cuantitlán, me puse el traje mejicano y bajé á la cuadra á inspeccionar los pre-

parativos. Con gran sorpresa noté que eran estos cual si se tratara de un viaje mucho más largo.

En la grupa del caballo de Cecilio había una maleta bien provista, y del arzón pendía un sable. Había pistolas en mis pistoleras, y de una larga lanza que solía llevar en mis viajes sujeta en el estribo derecho pendía la banderola encarnada. Cecilio me dijo que los alrededores de Méjico estaban infestados de ladrones y que no había que descuidarse.

Descansados nuestros caballos podían salvar en dos horas las seis leguas, y acaso alcanzar á los que seguíamos antes de llegar á Cuantitlan. Emprendimos, pues, la marcha enseguida rápidamente, y yo abrigaba la esperanza de que, al oscurecer, estaríamos de vuelta; pero el caballo de Cecilio no era tan vivo como el mío y llegamos á Cuantitlan sin encontrar á los que buscábamos.

Por unos arrieros averiguamos la posada en donde entrarán. Allí nos dijeron que no habían hecho más que entrar y salir.

—Continuemos andando, dije á Cecilio, en cuyo semblante eché de ver cierta desconfianza, un si es no es burlona. La certeza de ir al alcance de los dos jinetes, porque no había otro camino, me animaba mucho; pero llegó la noche y... nada. A veces en el silencio nocturno me figuraba sentir los pasos del bayo y del blanco; entonces galopaba con ardor, hasta que la soledad y el mismo silencio volvían á desengañarme.

Habíamos recorrido ya doce leguas y era hora de recojernos y dar algún descanso á los caballos. Ví luz en una casita aislada y allá fuimos. El inquilino nos advirtió que los hombres á quienes seguíamos debían haberse detenido á pasar la noche por aquellas inmediaciones; pensé que al día siguiente, madrugando, podríamos alcanzarlos, y por consiguiente pasamos la noche en aquella casita.



Por desdicha el sueño de Cecilio fué muy pesado, y era ya entrado el día cuando nos pusimos en camino. Ya no era hora de retroceder después de haber andado tanto; sentía un impulso secreto que me obligaba á continuar, por más que Cecilio no fuese de mi opinión, y con frecuencia me advirtiera el número de leguas andadas.

Preguntaba con frecuencia por mis viajeros, y todo el mundo los había visto y al parecer debían llevarnos muy poca ventaja; sin embargo, me desaparecían como por arte mágico.

Había dejado ya atrás el desfiladero pedregoso de la Cañada y la hacienda de San Francisco. Al pasar pregunté en los ranchos y en las paradas ordinarias, y todos convenían en que, á corta distancia, delante de nosotros, iban dos jinetes, blanco el caballo del uno, bayo el del otro.

—Seguramente esos dos viajeros tienen el diablo en el cuerpo, dijo Cecilio, y deben ser dos pájaros de mucha cuenta cuando en ninguna parte se detienen.

Sin hacer caso, continué marchando; no quería quedar vencido en tan singular carrera, y á mi curiosidad se unía ya una especie de furor. Por segunda vez desde nuestra salida de Méjico acababa el sol su diaria aparición: los caballos iban ya muy fatigados: por esto al oscurecer del segundo día ví con satisfacción el color encarnado de la hacienda de Arroyo Zarco.



## II

La bella mejicana y el joven  
de la bandurria

EL vasto edificio de Arroyo Zarco es la mitad de piedra labrada y la otra mitad de ladrillos, y está situado casi á la entrada de las fértiles llanuras de Bajío, pero el sitio que ocupa está muy lejos de ofrecer el aspecto risueño que distingue al valle de aquel nombre. El de Arroyo Zarco (azul) de la hacienda proviene de un riachuelo de aguas azuladas que nace bastante cerca.

Un amplio patio cuadrado con pórticos de piedra parecidos á los de un convento viene á ser como el vestíbulo; los cuartos de los viajeros se hallan debajo de las galerías. Más adentro hay otros dos ó tres patios con cuerdas bastante espaciales para alojar cómodamente un regimiento de caballería.

Ni para pocos ni para muchos había otro alojamiento por allí en el espacio de algunas leguas, por lo tanto era muy probado que hallase en él á los viajeros.